

Un Año de Chávez

FRANCISCO RODRÍGUEZ

Si hay algo que es indiscutible en cuanto al reciente proceso político en nuestro país es que los venezolanos quieren un cambio radical en sus instituciones. Tal deseo de cambio no es más que la respuesta racional al acentuado deterioro económico y distributivo experimentado durante los últimos veinte años. De hecho, Venezuela es una de las economías con peor desempeño económico del mundo durante la época de la postguerra. A pesar de que entre 1963 y 1998 entraron al país aproximadamente 21,000 \$ por persona en exportaciones petroleras, al final de ese período el producto per capita venezolano había decaído en un 10%. Más impactante aún para el venezolano promedio es la sensación de que la carga de este ajuste ha sido desigualmente repartida: a pesar que el producto per capita decayó en un 10 por ciento durante este período, el salario real cayó en 52 por ciento al mismo tiempo en que la tasa de retorno al capital se mantuvo aproximadamente constante.¹

Los programas económicos

En dos ocasiones, Venezuela ha intentado responder a esta debacle con programas económicos ortodoxos como los del "Gran Viraje" de 1989 o la "Agenda Venezuela" de 1996. Estos programas han intentado atacar el problema económico venezolano a través de la disminución radical de la intervención del Estado sobre la asignación de recursos. Privatización, liberalización comercial, eliminación de subsidios y controles de precios, y plena libertad en los movimientos de capital, son simplemente el reflejo de una creencia básica en que el mercado está mejor capacitado para asignar los recursos que el Estado. Las consecuencias distributivas de estos mecanismos son usualmente ignora-

das o tratadas como un costo inevitable del progreso. Aún para los más entusiastas defensores del neoliberalismo, está claro que los resultados de estas reformas, tanto en Venezuela como en el resto del mundo en desarrollo, han estado muy lejos de lo esperado. En América Latina, el crecimiento económico hoy en día es substancialmente menor que lo que fue durante la época de sustitución de importaciones; de hecho, la mayoría de los países latinoamericanos que aplicaron programas neoliberales en la época de los ochenta están experimentando crecimiento per capita negativo en este momento. Adicionalmente, el desempleo latinoamericano ha aumentado en promedio más de 2 puntos con respecto a su nivel en los años ochenta, acompañado de un deterioro acentuado en la desigualdad y los conflictos sociales. Una serie de estudios han puesto de relieve el fracaso de las reformas neoliberales en términos de la generación de crecimiento. Por ejemplo, se ha comprobado que la liberalización comercial no conlleva a mayores niveles de crecimiento pero sí a mayor desigualdad, que los colapsos en crecimiento sufrido por países en desarrollo durante los años ochenta no estuvo asociado a las políticas de sustitución de importaciones, sino más bien a elevados niveles de conflictividad social, y que las intervenciones sobre la movilidad de capital muchas veces son exitosas.² Esta acumulación de evidencia empírica hace de la búsqueda hoy en día de una alternativa al neoliberalismo un ejercicio natural y sensato. Sin embargo, el solo hecho de pensar en una alternativa al neoliberalismo constituye una herejía inaceptable para la gran mayoría de los grupos empresariales. Los mercados de capital internacionales parecen estar regidos cada vez más por una reacción visceral ante cualquier tipo de políticas que no

constituyan parte de las recetas estándares del FMI y el Banco Mundial. El poder de los propietarios del capital en este contexto es substancialmente mayor que el de cualquier otro grupo dentro de la sociedad, dado que el capital puede hacer algo que otros factores de producción no pueden hacer: irse del país. Esto, efectivamente, es lo que ha ocurrido en Venezuela: durante 1999, la inversión privada decreció en una cuarta parte a raíz del desvío de recursos hacia inversiones en el exterior, causando la recesión brutal que atravesamos. Esta fuga no es coordinada ni es planificada. No obedece a ninguna conspiración del capital. Pero es como si lo fuera. Su efecto es hacer sumamente claro a los gobernantes que si no se adoptan las políticas preferidas por los propietarios del capital, éste tiene la capacidad de generar una recesión brutal que minará la sustentabilidad política del régimen. En otras palabras, el capital se puede poner en huelga, pero es una huelga mucho más efectiva que la del trabajo, pues el capital no deja de cobrar mientras está en huelga, simplemente cobra en otro país. Tal contracción brutal de la inversión y el producto constituye, evidentemente, un marco muy adverso en el cual hacer política económica. Es evidente que si el gobierno hubiese dado señales claras de acometer un programa neoliberal, la caída de la inversión y la contracción económica podrían haberse evitado. Pero es incorrecto culpar a la administración actual por no haber hecho eso. Acometer un programa neoliberal hubiese sido una clara violación del contrato electoral adquirido por el Presidente con los venezolanos durante una campaña electoral en la cual su mensaje se basó en la búsqueda de una alternativa al neoliberalismo. Haberle volteado la espalda a ese compromiso hubiese sido una clara violación —de hecho, una burla—



los principios básicos de la democracia representativa. La pregunta que nos debemos hacer al evaluar el desempeño del gobierno es: dada la restricción adversa impuesta por la reacción de los inversionistas a la decisión tomada por los votantes venezolanos ¿ha constituido el programa económico un plan coherente de acción? ¿Es un programa capaz de sobreponerse a la recesión y generar crecimiento económico a largo plazo?

Para generar crecimiento hay que aumentar la productividad. Una vasta literatura en el área de los estudios de crecimiento económico ha mostrado que esto se hace a través de una combinación de estrategias, las cuales incluyen: (i) inversión en capital humano (ii) generación de estabilidad macroeconómica (iii) políticas redistributivas que ataquen la desigualdad en la distribución del ingreso, (iv) instituciones sólidas que restrinjan la corrupción y protejan los derechos de propiedad, y (v) estabilidad sociopolítica.³

Como mencionamos anteriormente, no es necesario darle preponderancia a los mecanismos de mercado para

lograr estos objetivos, y puede hasta ser contraproducente hacerlo. Para que exista una respuesta coherente al neoliberalismo simplemente se deben generar instituciones sólidas que promuevan la equidad y la inversión en capital humano dentro del contexto de una política macroeconómica coherente.

Éxitos y logros

El primer año de gobierno muestra éxitos importantes en un buen número de estas dimensiones. En particular, lo que va de la administración Chávez ha estado caracterizada por una política fiscal prudente que ha hecho esfuerzos particulares por mantener los niveles del déficit fiscal bajo control; un ingrediente básico de la estabilidad macroeconómica. Es cierto que los ingresos petroleros adicionales han facilitado esta prudencia, pero también es cierto que el gobierno ha actuado con una disciplina fiscal inusual en contextos de shocks externos positivos.⁴ La disciplina fiscal ha hecho posible mantener la estabilidad cambiaria, a pesar que para el

La pregunta al evaluar el desempeño del gobierno es: ¿ha constituido el programa económico un plan coherente de acción? ¿Es un programa capaz de sobreponerse a la recesión y generar crecimiento económico a largo plazo? No existe en este momento una estrategia visible para atacar el problema de la distribución del ingreso ni para reducir nuestra dependencia del petróleo.

El votante venezolano espera una respuesta firme a los problemas de justicia económica y social de nuestro país.

Estado hubiese sido sumamente atractivo devaluar. Al evitarse la devaluación, se evitó la profundización de la contracción y se sentó el marco necesario para el restablecimiento del crecimiento económico⁵. Sin embargo, el logro más importante de este gobierno no ha estado en el área de política macroeconómica, sino en haber controlado una situación social que estaba al borde de un estallido violento. El gobierno de Chávez heredó un verdadero campo minado desde el punto de vista social. La profundización de la desigualdad y el fortalecimiento de la división en clases de la sociedad venezolana había degenerado en un clima de desconfianza y confrontación abierta entre clases sociales que fácilmente hubiese podido dar pie a estallidos similares o peores que el de 1989. El votante venezolano espera una respuesta firme a los problemas de justicia económica y social de nuestro país. Durante su primer año de gobierno, Chávez fue capaz de dar señales claras al electorado de que mantenía su compromiso con el ideal de lograr una distribución del ingreso más igualitaria en Venezuela. La iniciativa para la compra de los terrenos invadidos, el anuncio de un plan factible para cancelar los pasivos laborales, y el aumento de sueldos y salarios moderado, pero no insignificante, le han dado a Chávez credibilidad con la masa de los votantes. Si esa mayoría de venezolanos pobres no hubiesen recibido tales señales durante el primer año del gobierno, es probable que se hubiesen sentido cada vez más alienados e inclinados a participar en la violencia organizada o desorganizada contra un sistema que percibirían como incapaz de representar sus demandas. Sería ilusorio pensar que estos conflictos han sido eliminados, siguen allí y pueden recrudecer si no se comienzan a ver resultados concretos en el bienestar de los pobres. Pero el gobierno ha obtenido un respiro en este frente que hace posible dedicarle los próximos esfuerzos a atacar los verdaderos problemas de largo plazo. También están los cambios institucionales. Es aún temprano para medir el efecto de estos cambios y su capacidad de generar instituciones que genuinamente sienten bases sólidas para el desarrollo

económico y político de nuestra nación. Pero algo está claro: ningún programa de transformación genuina era factible con las instituciones de un estado clientelar construido durante los gobiernos del viejo sistema. Y la perspectiva de reproducir la experiencia del gobierno pasado, el cual necesitó entrar en acuerdos de repartición de rentas con los partidos tradicionales para mantenerse en el poder, ciertamente no era nada alentadora. La eliminación de esta restricción le da al gobierno un gran espacio para acometer un verdadero programa de transformación nacional. A pesar de estos éxitos, el gobierno corre el riesgo de romper con los pies lo que ha construido con la cabeza. El gobierno todavía adolece de la falta de un programa de desarrollo a largo plazo. En particular, no existe en este momento una estrategia visible para atacar el problema de la distribución del ingreso ni para reducir nuestra dependencia del petróleo. En la recuperación que está comenzando a darse, será muy fácil olvidar que hay una diferencia fundamental entre una expansión económica y el crecimiento de largo plazo. Para crecer en el largo plazo es necesario diseñar una estrategia que ponga el énfasis en la inversión en capital humano y en el problema distributivo, al mismo tiempo en que se reduzca la dependencia del petróleo. Sin esta estrategia de largo plazo, será imposible que la recuperación se mantenga en el tiempo, y se hará asimismo imposible que Chávez presente un récord exitoso en materia económica para las elecciones del 2006. En tal caso, se habrá desperdiciado una de las mejores oportunidades de la historia latinoamericana para construir una verdadera alternativa al neoliberalismo.

FRANCISCO RODRÍGUEZ

Ph.D. en Economía de Harvard.
Profesor de economía en la
Universidad de Maryland.

- 1 Ver Rodríguez Francisco "Factor Shares and Resource Booms: Accounting for the Evolution of Venezuelan Inequality" en Cornia, G. A. (2000) *Rising Inequality and Poverty Reduction: Are They Compatible?* Helsinki: WIDER.
- 2 Ver Rodríguez, Francisco y Dani Rodrik "Trade Policy and Economic Growth: A skeptic's guide to the cross-national evidence," NBER Macroeconomics Annual 2000; Rodrik, Dani "Where Did All the Growth Go?" *Journal of Economic Growth* 1999; Rodrik, Dani "Who Needs Capital Account Convertibility?" en Kenen, P., ed. *Should the IMF Pursue Capital Account Convertibility?* Aitken, B. y Ann Harrison "Does Foreign Direct Investment Increase Productivity? Evidence from Venezuelan Manufacturing" *American Economic Review* 1999; Ortega, Daniel y Francisco Rodríguez (2000) "Openness and Factor Shares," mimeo, Universidad de Maryland.
- 3 Para un resumen, ver Barro, Robert (1997) *Determinants of Economic Growth: A Cross-Country Empirical Study* MIT Press.
- 4 Normalmente, el gasto público tiende a aumentar más que proporcionalmente con los incrementos en ingresos externos. Ver Aaron Tornell y Phillip Lane "The Voracity Effect" *American Economic Review* 1999.
- 5 La creencia en un Bolívar sobrevaluado ha sido ampliamente difundida a pesar de la total carencia de evidencia empírica que la apoye. De hecho, técnicas de análisis de cointegración tradicionales muestran una sobrevaluación de zero o económicamente insignificante para el primer trimestre del 2.000. Ver Rodríguez, Francisco (2000) "Estudio de la Paridad Cambiaria del Bolívar," mimeo, Universidad de Maryland.